
Todos llevan su dolor a cuestras

Hace veinticinco años, cuando la novela *Pedro Páramo* acababa de reimprimirse, y la segunda y tercera edición de *El llano en llamas* veían la luz, su autor, Juan Rulfo, se expresaba así en un diálogo mantenido con José E. Pacheco: «Hay que temerle a las novelas que se empeñan en darnos un mensaje. Toda obra que tiene un punto de vista humano nos comunica ese mensaje, que a fuerza de uso ha llegado a ser un vocablo enfadoso. Toda obra, repito, es el total de la vida de un hombre. Para ejemplificarme parece válido el ejemplo de tres escritores, distintos y lejanos, que saben ser rebeldes y pueden negar valores que para sus contemporáneos son todavía sagrados. Jean Giono en un país exacerbadamente nacionalista como es Francia, se opone al sentimiento patriótico de sus contemporáneos, niega que Francia exista. Henry Miller aprovecha cada línea para despotricar contra los Estados Unidos, no con la ironía social de un Lewis, un Caldwell o un Styron, sino con el acerbo fundamento de un hombre que repudia su circunstancia humana. En un orbe lejano, Vsevolodov Isanov, escritor tártaro, dedica parte de su obra a desprestigiar a sus antecesores, y esta actitud de Edipo representa no sólo la inconformidad con un pasado inerte, sino la posición de buena parte de la humanidad contemporánea.»

Juan Rulfo, nacido en 1918, en Acapulco, Jalisco, queda huérfano de padre a los seis años, justo el curso que comienza su enseñanza primaria en San Gabriel. Dos años después, en 1926, se inicia la revolución cristera. Las evocaciones de Rulfo a su infancia, al lugar en que vive y al ambiente que le rodea, son numerosas. «Los curas de la costa siempre traen pistola —escribe—, son curas “bragados”. El cura Sedano de Zapotlán el Grande raptaba muchachas y se aprovechó de la Cristiada para alzarse en armas, lo mismo que el de San Gabriel y el Jiquilpan. A Sedano lo colgaron en un poste de telégrafo. Tendría yo como ocho años cuando el cura de San Gabriel dejó su biblioteca a guardar en la casa de mi abuela, antes de que expropiaran el curato y lo convirtieran en cuartel...»

Hacia 1928 la guerra cristera se va disgregando y se transforma en grupos de bandoleros, tal como aparecerá más tarde en varios cuentos de *El llano en llamas*. En 1930 muere la madre de Rulfo, y él y sus hermanos son internados en un orfanato de monjas, aunque su custodia corre a cargo de su abuela materna.

Con el dolor a cuestras

Cuando Juan Rulfo cumple dieciocho años, comienzan a manifestarse sus inclinaciones literarias. «Elegí la ficción —dice— porque creo que en un escritor lo importante es su poder imaginativo. La fuerza de la imaginación es tan poderosa que

puede acondicionar los hechos reales. La escuela alemana y nórdica de principios de siglo —que creó una realidad, una perspectiva especial, basada en el vuelo de la imaginación— me ha brindado uno de mis deleites preferidos».

Alrededor de 1940 la literatura rulfiana comienza a dar sus frutos, primero con una novela sobre la vida en la ciudad de México, que a su autor no le gusta por considerarla hipersensible y retórica. A partir de entonces comienza la etapa escueta, condensada y casi lacónica que tanto caracteriza a sus cuentos, que unifica en el volumen titulado *El llano en llamas*. Cuentos de desamor, soledad, miedo, desesperanza y frustración. Cuentos cuyos personajes, casi carentes de acción, piensan y recuerdan su condición humana con miedo, odio y remordimiento. Todos, todos los personajes de los cuentos de Rulfo llevan su pesado fardo de dolor a cuestas. Unos consiguen llevar su peso más a pulso; los más, lo arrastran.

Los cuentos de Rulfo son el constante desmoronamiento de toda esperanza y el fracaso de toda ilusión. La nota dominante es la esterilidad, el enclaustramiento individual, el callejón sin salida: la apertura, la comunicación amorosa brillan por su ausencia, no existen.

Esta visión desesperanzada del mundo puede estar muy bien fundada en la dura experiencia vital que Juan Rulfo tuvo en su infancia y primera juventud. Además, por supuesto, del panorama general de la realidad mexicana que tan bien supo calar después.

«Seres desgastados o aniquilados por el tiempo, pueblos abandonados en los que ha crecido la hierba, casas y altares en ruinas: ésa es la imagen del hombre y del mundo que nos transmite Rulfo», escribe Violeta Peralta, miembro del Centro de Estudios Latinoamericanos de Buenos Aires.

Vagar hacia nadie sabe dónde

Al contemplar la obra literaria de Rulfo en su conjunto, uno de sus estudiosos, Jorge Ruffinelli, señala que es preciso tener en cuenta «por ejemplo, un fenómeno socioeconómico que explicará en parte la atmósfera desolada del paisaje rulfiano, como el fondo sumergido de un iceberg explica su esencia flotante: el despoblamiento del campo jalisciense».

Efectivamente, en los cuentos de Juan Rulfo se palpa la infertilidad de las tierras, la pobreza absoluta de los personajes y un vagar sin rumbo. El aquí y ahora de unos pueblos fantasmas, habitados por gentes que no pueden o no se sienten capaces de trabajar, y que consumen sus vidas dándole vueltas a la desesperanza en espera del día que todo acabe definitivamente. «Pueblos habitados también —comenta Ruffinelli— por ánimas en pena, convertidos en una imagen secular del purgatorio». Y finaliza diciendo: «La imagen literaria que compone la obra de Rulfo —la soledad de los pueblos, soledad tan marcada que en ellos ni siquiera quedan animales, sino fantasmas, espíritus—, no es una extravagancia ni la simbolización de una soledad espiritual, sino la imagen de una realidad verificable».

La opinión de Violeta Peralta también coincide cuando escribe acerca de los escritos de Rulfo: «En esa obra parca y densa se configura un mundo falto de amor, enfermo de soledad, cuyos personajes no pueden o no quieren decir lo que sienten y

hasta el humor es caústico y despiadado. Mundo cerrado, aparentemente sin salida, pero donde sutiles y reiterados indicios dan cuenta de una búsqueda constante de lo sagrado y de la comunicación con lo trascendente».

Y también en esto coinciden quienes han ahondado en la obra literaria del escritor mexicano: desde este mundo cerrado y sin aparente salida, se intuye no sé qué «Otro Mundo». Octavio Paz lo expresa muy acertadamente cuando dice: «Juan Rulfo es el único novelista mexicano que nos ha dado una imagen —no una descripción— de nuestro paisaje. Como en el caso de Lawrence y de Lowry, no nos ha entregado un documento fotográfico o una pintura impresionista, sino que sus intuiciones y obsesiones personales han encarnado en la piedra, en el polvo, en el pirú. Su visión de este mundo es, en realidad, visión de otro mundo».

Simbolismo, poesía, fantasmas

Lo cósmico y lo onírico siempre se entremezclan en los relatos de Rulfo, y de sus personajes le interesa, fundamentalmente, su existencia psíquica, hasta el punto que toda la acción exterior sólo importa en la medida que afecta a los seres por dentro. Bien puede decirse que transforma los hechos en significaciones, es decir, en símbolos, en realidad poética.

A menudo se ha dicho que las claras influencias literarias de Rulfo hay que buscarlas en William Faulkner, en Jean Giono y, sobre todo, en C. M. Ramuz. Según los estudios realizados por J. Ruffinelli, de Faulkner aprende sus técnicas: «El perspectivismo —dice—, que destruye cualquier noción monolítica de lo real, el monólogo interior que no sólo revela en forma directa el torrente del pensamiento, sino las maneras ideológicas de estar en la realidad».

De Giono y de Ramuz, Rulfo capta lo lírico y lo trágico de la sensibilidad y del ambiente rural. El propio Juan Rulfo comenta acerca del localismo de su literatura: «Mientras la herencia nórdica tomaba otro sesgo en Inglaterra, avanzando hacia lo futuro en vez de explorar en la historia, en los Estados Unidos se formaba una generación de grandes novelistas cuya literatura no se adentraba en los sentimientos, sino en la angustia del alma. En consecuencia nos enseñaron a ahondar más en el hombre: la grandeza de su literatura viene del localismo y aunque la crítica moderna suele denostar esa tendencia, los ataques se invalidan por su base. En México se está formando una literatura regional que finca poco a poco las bases de una gran literatura nacional».

Efectivamente, la narrativa de Rulfo se alimenta de la realidad de Jalisco, y a la vez, de una tradición literaria. Se encuentra en el cruce de las literaturas extranjeras y el realismo nacional. Y en medio de todo ello siempre late «Otro Mundo», al que el autor nos aproxima haciendo uso de múltiples símbolos: el camino, el polvo, la tierra, la piedra y el parricidio que nos dicen del más acá de la existencia humana. Pero en nubes, estrellas, lluvia, viento, pájaros y aperturas en el techo, nos hace entrever el más allá, un conato de trascendencia.

«Afincada en la tradición y en la realidad mexicana —dice V. Peralta—, vertida en el habla del campesino y del indio, la narrativa de Rulfo se inscribe en un realismo

trascendente, pues no se conforma con lo situacional anecdótico y pintoresco, sino que explora la sacralidad del hombre y del mundo y las relaciones del hombre con lo sagrado.»

Escribir como se habla

«Lo que yo no quería era hablar como un libro escrito, sino escribir como se habla», dice Rulfo, y no hay más que hojear sus cuentos para comprobar que están llenos de expresiones populares. Por eso la realidad humana que nos cuenta es la crónica, la historia o el testimonio de las gentes de Jalisco, aunque transformada, poetizada y misterizada por la imaginación del autor.

Los protagonistas son la viva imagen de la desdicha, de la miseria y desolación: campesinos y hombres de pueblo, sectores productivos o marginales que nunca llegan a beneficiarse del fruto de su propio trabajo, debido al expolio del sistema.

En el primero de sus cuentos, *Nos han dado la tierra*, ya se describe una dura realidad que se mantendrá como una constante en todos ellos: «Vuelvo hacia todos lados y miro el llano. Tanta y tamaña tierra para nada. Se le resbalan a uno los ojos al no encontrar cosa que los detenga. Sólo unas cuantas lagartijas salen a asomar la cabeza por encima de sus agujeros, y luego que sienten la tatemá del sol corren a esconderse en la sombrita de una piedra. Pero nosotros, cuando tengamos que trabajar aquí, ¿qué haremos para enfriarnos del sol, eh? Porque a nosotros nos dieron esta costra de repetate para que la sembráramos».

Ante las quejas de los campesinos, la autoridad siempre se lava las manos: «—Pero, señor delegado, la tierra está deslavada, dura. No creemos que el arado se entierre en ésa como cantera que es la tierra del llano. Habría que hacer agujeros con el azadón para sembrar la semilla y ni aun así es positivo que nazca nada; ni maíz ni nada nacerá.

—Eso manifiésteno por escrito. Y ahora váyanse. Es el latifundio al que tienen que atacar, no al Gobierno que les da la tierra». La carencia absoluta queda reflejada en la descripción de Luvina: «... Un viento que no deja crecer ni a las dulcamaras: esas plantitas tristes que apenas si pueden vivir un poco untadas a la tierra, agarradas con todas sus manos al despeñadero de los montes. Sólo a veces, allí donde hay un poco de sombra, escondido entre las piedras, florece el chicalote con sus amapolas blancas. Pero el chicalote pronto se marchita. Entonces uno lo oye rasguñando el aire con sus ramas espinosas, haciendo un ruido como el de un cuchillo sobre una piedra de afilar».

La orfandad real

El desarraigo existencial del hombre mexicano, en los cuentos de Rulfo, queda crudamente plasmado, en esa orfandad real o afectiva en que los mexicanitos viven. El conflicto padre-hijo está expuesto de la forma más descarnada.

La ausencia del padre se hace una realidad palpable por diferentes motivos. En primer lugar, la Revolución mexicana, al destruir multitud de vidas, sobre todo de varones, dejó como consecuencia cantidad de huérfanos. Por otra parte, la estructura feudal del latifundio contribuyó a aumentar la población a base de hijos ilegítimos.